



Laia Falcón canta desde su ventana, entre aplausos de sus vecinos MAYA BALANYA

La soprano Laia Falcón canta todas las tardes desde que se impuso el estado de alarma desde su balcón en Chamberí

«La ventana es el teatro más grande»

CARLOTA BARCALA MADRID

Todos los días, a las seis y media de la tarde, Laia Falcón abre una de las ventanas de su casa, en la calle de San Bernardo. Su gesto lo imitan los vecinos de esta zona de Chamberí, dando lugar a una especie de ritual silencioso que ya se ha convertido en costumbre. Saben que algo va a suceder. Y no se equivocan. A esa hora comienza a sonar la música entre las cuatro paredes de Laia; los acordes, que salen de los altavoces de un quinto piso, se escuchan en todo el barrio, al tiempo que la gente va cogiendo sitio en sus balcones o alféizares para no perderse nada de lo que ocurre.

En ese momento, la soprano madrileña hace acto de presencia y entona, al menos, tres áreas con las que consigue que durante poco más de cinco minutos sus vecinos olviden el coronavirus y se trasladen, aunque sea mentalmente, al patio de butacas de una ópera. «La ventana es el teatro más grande en el que he estado nunca», cuenta la intérprete en la entrada de su edificio, una vez que el concierto finaliza: «Me gusta mucho un área de Mozart que se llama "S'altro che lacrime", que quiere de-

cir que si no puedes hacer nada más que llorar, probablemente no estés haciendo algo que vaya a funcionar», explica a ABC esta cantante de música clásica que se ha unido a la iniciativa voluntaria de muchos otros músicos: combatir las horas de obligada reclusión por culpa del Covid-19 con arte, ya sea a través de las redes sociales o de sus propias viviendas.

Cuando empezó a asomarse por la cristalera, dos días después de que el Gobierno decretase el estado de alarma, Laia tenía un objetivo: decirle «hola» a sus vecinos, que respondieron escuchándola con gusto. «Solo hubo un día que pensé que tal vez era mejor no salir y me llamaron ellos», asegura la operista, también doctora en Comunicación Audiovisual por la Universidad Complutense y en Sociología del Arte por la Sorbona.

Los otros moradores, que antes ni la conocían, ahora le dan las gracias



por su nombre cuando, cada tarde, termina el recital. «Lo que está pasando estos días no se me va a olvidar, el cariño con el que está respondiendo la gente. No creo que si ahora nos encontramos en el supermercado nos reconociésemos. Es muy bonito que me agradezcan así», dice Laia, que cada vez que canta se acuerda de la gente que «no sabe cuándo va a volver a poder trabajar, de los profesionales de supermercados y farmacias y de todos los sitios que ahora están cerrados».

Laia comenzó a estudiar piano con ocho años y canta en teatros desde hace

quince, compaginándolo con otra pasión: la comunicación. Es profesora desde hace catorce años en la Complutense, donde dirige el máster de Comunicación Audiovisual para la Era Digital.

«Está siendo un año muy raro, difícil. Muchos alumnos, del otro lado del océano, no saben si volver a sus casas ni qué decidir», indica sobre su faceta de docente. En 2010 ganó el premio a la mejor cantante del Mozarteum de Salzburgo y, hace tres años, tuvo su primer protagonista en el Teatro Real. Hoy, su voz volverá a llenar de esperanza las vacías calles de Madrid.

Inspiración
«Pienso en toda la gente que no sabe cuándo volverá a trabajar y en los profesionales de farmacias»

Evasión
«Hubo un día que pensé que era mejor no salir y mis vecinos me llamaron para que cantase»



INTER NOS



FEDERICO FERNÁNDEZ DE BUJÁN

PREOCUPADOS

Hay dos preocupaciones, una racional y otra negativa, sin base real

Es quizás nuestra mejor definición en estos días de desconcierto y consternación. El Diccionario de la RAE define «preocupar» como: «Ocupar antes o anticipadamente algo. Dicho de algo que ha ocurrido o va a ocurrir. Producir intranquilidad, temor, angustia o inquietud». Y el Diccionario panhispánico de dudas de la Academia señala que se trata de un «verbo de afección psíquica». «Preocuparse» es ocuparse de algo «antes» de que eventualmente suceda. Y ese «algo» puede acontecer o no.

No deberíamos pues obsesionarnos demasiado presagiando un mal, que no es cierto que llegue y que si llega, no se sabe si será como lo tememos. Hay dos tipos de preocupación. Una es racional y su efecto beneficioso. Sirve para tomar precauciones que intenten evitar el riesgo de que ocurra lo que tememos. Esta «preocupación prudente» la entiendo hoy, perfectamente, en quienes sin conocerlos, los admiramos y los debemos gratitud: personal sanitario, policía, quienes nos proporcionan el suministro de los bienes básicos, y un largo etcétera que, con su trabajo externo, se exponen al contagio personal y de lo suyos, para que nosotros estemos a «resguardo» en nuestras casas, asumiendo muchísimo menos peligro que ellos.

Pero hay una «preocupación negativa». Esa que no tiene base real o que es «desproporcionada» respecto a la causa objetiva que la crea. Esa que agrava la situación, al paralizarnos y angustiarnos sin resolver nada. A ésta debemos controlarla, pues si «campa por sus respetos» destruye nuestra paz. Y de entre las preocupaciones irracionales la peor es una «excesiva», a veces paranoica, preocupación por nosotros mismos. Ésta alimenta ese «monstruo egocéntrico» volviéndonos insensibles al dolor de los demás.

En esta preocupación «disparatada» no deberíamos caer quienes estamos reclusos en casa. Para conjurarla, nada mejor que sentir como propia la preocupación de quienes nos posibilitan sobrevivir en nuestro confinamiento. En todo caso, basta ya «pre-ocuparnos» en exceso por ese incierto mal futuro, que nos impide «ocuparnos» del presente. Como afirma Jesucristo en el Evangelio de Mateo: «No os angustiéis por el día de mañana... Bástele a cada día su propio afán».